

EL DESPLAZAMIENTO SEMANTICO DE ORIGEN REPRESIVO Y SU REVERSION PSICOANALITICA

GUILLERMO OTÁLORA B., PH. D.
Universidad de Viena, Austria

Es un hecho en general reconocido, que el psicoanálisis es una terapia mediante el lenguaje. En este sentido nos recuerda J. Lacan, que el método introducido por Breuer y Freud fue bautizado por Ana O. con el nombre de 'talking cure' (1). No obstante, con muy pocas excepciones, se ha perdido de vista en la teoría psicoanalítica el aspecto lingüístico, el cual, en nuestra opinión, es el *único factor que permite un acceso científico a esta práctica*.

En Lacan se encuentran planteamientos, aunque sin un desarrollo consecuente y acabado desde el punto de vista psicolingüístico, que afirman, que la técnica ni puede ser comprendida, ni puede ser correctamente aplicada, si se desconocen los conceptos que la fundamentan; y considera que nuestra tarea consiste en demostrar que los conceptos no toman su sentido pleno, si no se orientan en el campo del lenguaje, si no se orientan en la función de la palabra (2). Es por esto por lo que juzgamos, que el psicoanálisis debe ser investigado ante todo desde el punto de vista de una terapia mediante el lenguaje. Lacan constata que el único medio que posee el psicoanalista es el lenguaje. Pero la evidencia de este hecho, considera, no significa que se le deba

despreciar. Toda palabra, según él, exige una respuesta por más que no se encuentre sino el silencio ante un auditor. Y este es precisamente el núcleo de la función psicoanalítica.

En lo que sigue, sostenemos que el psicoanálisis es una terapia por medio del lenguaje, cuyo progreso y éxito se pueden esquematizar en el uso de la lengua con el modelo de la *metáfora* y su relación con un concepto lógico.

Para explicar el concepto del psicoanálisis como una terapia por medio del lenguaje, es necesario examinar primero la relación de la metáfora con el planteado progresivamente en conexión con la metáfora.

En el *Wörterbuch der Philosophischen Begriffe* encontramos las siguientes definiciones del concepto "Metáfora": *

"METÁFORA: expresión figurada, significado verbal transferido, en la mayoría de los casos transferencia de lo concreto, sensorial a lo abstracto, intelectual (en algunos casos lo contrario). El lenguaje es en alto grado metafórico, pero el proceso de personificación

* Todos los textos citados en este artículo fueron traducidos del original por el autor por no haber tenido a la mano las obras correspondientes en español.

y animación de los objetos es algo primitivo, no condicionado por el lenguaje” (3).

Según H. WERNER, la *metáfora surgió del miedo y del respeto* * (4). STAHLIN considera la *metáfora* como transferencia de rasgos y motivaciones (5). Para STERZINGER la *metáfora* es un intercambio entre imagen y realidad o combinación de una y otra en la “*substitución*” * (6). STÖHR considera que los fenómenos psíquicos solamente se pueden expresar en *metáforas* (7).

De nuestra parte sostenemos, ante todo, que una de las fuentes de la *metáfora* verbal es el miedo producido por una *tabú*, circunstancia que encuentra rica expresión en la formación de eufemismos. La expresión fónica, que originariamente es un fenómeno catártico, va tomando poco a poco en relación al objeto la función de señal, se carga emocionalmente y adquiere significado mágico en el manejo de la realidad. “El inconsciente emplea una verdadera ‘retórica’, que, como el estilo, tiene sus ‘figuras’, y los viejos catálogos de tropos proporcionarían un inventario apropiado a los dos registros de la expresión. Se presentan en ambas partes todos los *procesos de substitución engendrados por el tabú*: * el eugemismo, la alusión, la intifrase, la preterición, la lilote. La naturaleza del contenido hará aparecer todas las variedades de la *metáfora*, pues es de una *conversión metafórica de donde los símbolos del inconsciente sacan a la vez su sentido y su dificultad*” * (8).

Bajo la presión de la angustia ante el mundo exterior, o de un miedo concreto, o de instancias superiores (como el “Super-Yo”) surge un *desplazamiento entre significante y significado*, cargados libidinosamente, que bien se expresa verbalmente como *metáfora*, o bien no llega a una expresión verbal y permanece inconsciente. El mecanismo de

angustia que conduce a tal desplazamiento se llama en psicoanálisis Mecanismo de defensa, y también defensa contra el instinto (Triebabwehr), puesto que entra en acción por angustia ante la fuerza del instinto (instinto llamamos aquí todas aquellas tendencias inconscientes, que persiguen placer). Ese rechazo del instinto actúa como mecanismo de protección, cuando un objeto se niega o se dificulta como fuente de placer: “En último término todo acto defensivo sirve siempre a la seguridad del Yo y a evitar el desplacer”.

Pero el Yo no solamente se defiende contra el desplacer que viene del interior. En la misma temprana época de los peligrosos estímulos instintivos internos, aprende a conocer el desplacer que se origina en el mundo externo (9).

El simbolismo, que se produce en virtud del desplazamiento metafórico, no es sólo una expresión mítica y figurada de la realidad, sino que cumple también una función con respecto al mundo real, tanto interior como exterior:

“...el neurótico, en realidad, renuncia a ciertas formas de satisfacción por temor al mundo, pero por qué le teme al mundo, si no es porque transforma esta realidad relativamente simple en un mundo fantástico al menos subconscientemente...” (10).

Ahora bien, para dar un primer paso en la definición de nuestra problemática, es necesario no perder de vista que los sentimientos se expresan metafóricamente. El valor simbólico del lenguaje encuentra en ellos plena validez. En el psicoanálisis, empero, no ocupó el punto central de la *metáfora* verbal, sino la *metáfora* de los significados inconscientes y la *metáfora* del comportamiento, es decir, contenidos inconscientes no verbalizados. Por consiguiente, se puede considerar el sistema de significados del neurótico como metafórico, y en ese sentido el psicoanálisis puede corregirlo por *desmetaforización*. Pero FERENCZI, basado en Freud, los mismos síntomas neuróticos no son en verdad

* Lo subrayado viene del autor.

otra cosa que informaciones desfiguradas en un lenguaje incomprendido del inconsciente (11).

Aunque se han observado a menudo correspondencias entre mitología, sueño y comportamiento neurótico, no solamente según el contenido, sino también según la construcción —no en vano construyó C. G. JUNG su teoría sobre esta analogía—, no debemos identificar el inconsciente colectivo con el inconsciente individual. El primero está contenido en los mitos, rituales, instituciones y representaciones de una cultura determinada y no existe fuera de ella; carece de toda interioridad, porque no hay un sujeto que pueda ser portador de esta totalidad. Sin embargo el inconsciente incluye —aunque no siempre— las reglas de construcción de estos sistemas y su correspondiente articulación. Partiendo de esta consideración, coincidimos con el pensamiento de L. SEBAG, cuando afirma que lo inconsciente no es contenido léxico de estas manifestaciones, sino su *sintaxis*. E. BENVENISTE formula pensamientos análogos con respecto a la situación analítica: “Más allá del simbolismo inherente al lenguaje, el sujeto percibirá un simbolismo específico que se constituirá tanto por lo que omite, como por lo que anuncia. Y en la historia donde se pone el sujeto, el analista provocará el surgimiento de otra historia que explicará la motivación. Tomará, pues, el discurso como intérprete de otro lenguaje que tiene sus reglas, sus símbolos y su *sintaxis*, y que remite a estructuras profundas del psiquismo” (12).

Le metáfora verbal, la mitología, el trabajo onírico, el comportamiento neurótico y la situación analítica presentan una estructura metafórica análoga que permite el señalamiento de correspondencias y la ilustración comparativa.

En C. LEVI-STRAUSS encontramos correlaciones entre “lenguaje” y “habla” (discurso), por una parte, y *mito*, por otra: “Comparar el *mito* con la lengua

no sirve de nada: el *mito* es una parte integrante del lenguaje; mediante la lengua nos es conocido, está en conexión con el habla”.

Si queremos darnos cuenta de las características específicas del pensamiento mítico, tenemos que verificar, que el *mito* está a la vez en el lenguaje y más allá del lenguaje. También esta nueva dificultad no le es desconocida al investigador de la lengua. ¿No abarca el lenguaje diversos planos? *Saussure* mostró, cuando distinguió entre lenguaje y habla (*Sprache und Gesprochene*), que el lenguaje tiene dos aspectos complementarios: uno estructural y otro estático; el lenguaje (*langage*) pertenece la campo de un tiempo reversible y el habla (*Gesprochene*) al irreversible...

Se han diferenciado el *lenguaje* y el *habla* mediante sistemas temporales (*Zeitsystemen*). Pero también el *mito* se puede definir mediante un sistema temporal que combina las propiedades de los otros dos. Un *mito* se refiere siempre a hechos pasados: ‘antes de la creación del mundo’ o ‘en los primeros tiempos’ o ‘ya hace mucho tiempo’. Pero el valor inherente al *mito* proviene de que estos hechos, que tuvieron lugar en un tiempo determinado, forman al mismo tiempo una estructura duradera. Esta se refiere al pasado y al futuro a la vez...

Esta doble estructura, al mismo tiempo *histórica* y *ahistórica*, explica cómo el *mito* pertenece tanto al campo de lo *hablado* (y como tal se puede analizar), como al del lenguaje (en el cual es formulado) ... Se podría transcribir el *mito* como aquella especie de habla, en la que el valor de la formulación *traduttore traditore* tiende a cero. A este respecto el *mito* se encuentra exactamente, en la escala de estilos lingüísticos, frente a frente de la poesía, con lo cual se significa que uno y otro se acercan. La poesía es una forma del habla, que sólo con mucha dificultad se deja traducir a otro idioma, y cada traducción trae consigo gran cantidad de de-

formaciones. Por el contrario se mantiene el valor del *mito* como *mito* a pesar de una pésima traducción (13).

Partiendo de esa bidimensionalidad del *mito* y del lenguaje, queremos basarnos ante todo en el carácter atemporal del *mito* y en su relación con la *metáfora*. Sobre esta atemporalidad de la *metáfora* en comparación con las estructuras lógico-analógicas, afirma LAURENTANO: "Desde el punto de vista metafórico no hay relaciones lógicas del tipo pasado-presente-futuro, según el cual algo perece y algo hereda su sentido. Existen sí pasado-presente-futuro en el horizonte metafórico, pero como dimensiones existenciales y cronológicas en la medida en que el proceso orgánico, de que hemos hablado, vive en el tiempo y se desenvuelve en el tiempo. Pero sus adquisiciones están, por así decirlo, sobre el tiempo, el cual, por esa razón, aparece como un eterno presente, un *a e i*, que, en un sentido agustiniano, no solamente es presente del presente, sino también presente del pasado y presente del futuro. El logro del contexto presente con respecto a los contextos pasados, y pasados existencialmente, no es acaparador y deborante, sino restaurador y conservador, porque deja subsistir los contenidos ajenos y mientras afirman la propia validez, afirma la validez de aquellos. Todo contenido metafórico tiene un valor que podría llamarse enfáticamente absoluto, donde todo pasaje lógico-analógico tiene valor provisorio e instrumental con respecto a los fines de una salida lógica..." (14).

Antes de pasar a una comparación entre lo expuesto y la atemporalidad de la *neurosis*, queremos caracterizar la *neurosis* como un *comportamiento metafórico*, entendiendo *comportamiento*, *stricto sensu*, en relación con el lenguaje, como un sistema simbólico secundario al servicio de la comunicación, es decir, como un proceso individual que puede tener carácter simbólico pa-

ra el mundo circundante. El comportamiento ritualizado del neurótico, comportamiento que llamamos metafórico, encuentra su correspondencia en los actos cúltricos, en la conducta tabutizada de los primitivos (se portan en esos casos *como si* (als ob) algo correspondiera a su conducta); pero también ocurre lo mismo al niño en el juego (cualquier objeto alargado puede hacer las veces de tren y el niño se comporta *como si* ese objeto fuera un tren). El neurótico se comporta *como si* el analista fuera su padre, por ejemplo. En la situación analítica se manifiesta el pensamiento metafórico de tal manera que el neurótico reacciona ante un fantasma (Trugbild), como el animal ante un simulacro, Attrappe (K. LORENZ), es decir, no como ante un sustituto de la realidad, sino como ante la realidad misma. En la psique no se pierde nada. Si se pierde un objeto como fuente de placer, se busca un sustituto.

Esto explica también el comportamiento metafórico, es decir, el desplazamiento de un signo (Zeichen) a otro (Zeichentraeger): a pesar de toda incongruencia, se mantiene en el sustituto (Attrappe) un elemento, que también estaba presente en el signo originario y por lo tanto común a los dos. Este elemento actúa como Tertium Comparationis, como aquella característica que tanto el original como también el simulacro (Attrappe) deben poseer, para que se desencadene la reacción del estímulo clave (Schlüsselreiz): "Los experimentos con simulacros enseñan, que sólo bastan pocos elementos diacríticos, para que la acción del estímulo desencadenador pueda llevarse a cabo. Ya el primer picoteo de una pequeña gaviota plateada apunta a la parte de los padres que proporciona el alimento; del mismo modo reacciona frente a simulacros, —completamente sin recompensa y por consiguiente sin aprendizaje—, cuando los estímulos desencadenantes se ponen en juego: una mancha roja en el pico,

que claramente se destaca en el color de fondo, además la reproducción del pico delgado, largo y encorvado hacia abajo. Cualquier otra interpretación del pico de la gaviota es neutral, no tiene una función de señal y no posee efecto desencadenador" (15).

Por consiguiente se puede considerar la *metáfora* como una relación que se encuentra en todos los sistemas de señales (Zeichensystemen) —no solamente en el lingüístico—. La incapacidad del neurótico de encontrar o lograr satisfacción en una situación determinada, se debe al modelo metafórico, que siendo una situación de simulacro, lo aísla y no le permite transparencia en la conscienciación para un concepto racional. Característico del comportamiento metafórico es su calidad de "*como si*" del sustituto de la realidad. A este respecto considera LAURENTANO:

"A nuestro juicio, la *metáfora* no consiste substancialmente en la transferencia de un nombre: además del hecho de que existen metáforas no verbales, no hay que olvidar que el aspecto verbalístico de la *metáfora* es la culminación de un proceso no verbal" (16).

"...Es necesario decir que la dimensión metafórica aún hoy refleja un punto de vista en el cual no se dan seres e individuos separados en sus rasgos individuales, por decirlo así, 'claros y distintos', sino en el cual todo está en todo y todo se refleja en todo. En tal sentido el metaforismo es algo más que una práctica retórica o una técnica de ornato, es una dimensión interna, una condición distinta de la logicidad, una perspectiva verdaderamente auténtica desde la cual se puede enfocar la así llamada 'realidad'. Por ende la *metáfora* da al hombre civilizado de hoy una medida y un saber de la mentalidad arcaica" (17).

La atemporalidad del *a e i* en la neurosis se puede formular de la siguiente forma: el neurótico no acepta la relatividad de la realidad, él absolutiza su

situación. No es necesario, en el caso del neurótico, buscar el pasado, pues ese pasado ya está presente. Lo que es, en relación a él, objetivamente pasado, se halla incorporado y desarrollado en su presente. Pero ese su presente, que no posee ninguna proyección en el futuro para ser considerado posteriormente como pasado, permanece rígido, sin movimiento, se halla como anclado:

"Es fácil de reconocer las relaciones características entre el contenido de la alucinación y la inminente catástrofe: el miedo ante espantosos 'restos' ponen de manifiesto la incapacidad del enfermo de imaginarse, cómo una cosa puede dejar de ser, cómo, lo que ya no existe, no puede seguir existiendo continuamente. Para él la acumulación del pasado no se puede disolver, y, en consecuencia, el pasado y el presente no pueden proyectarse en el futuro; ninguna seguridad adquirida es garantía contra los peligros de que protege; todo absurdo es posible en el futuro. Estos dos temas muestran significativas perturbaciones en su alucinatorio refuerzo. El tiempo deja de avanzar y transcurrir; el pasado se acumula y el futuro, que solamente se abre, pregona tan solo una destrucción del presente a través de la masa, cada vez más pesada, del pasado (MINKOWSKI, Le temps vécu)" (18).

El próximo paso nos conduce al problema interno de la *metáfora*, su estructura: ella es una relación de tensiones y no una yuxtaposición casual de conceptos, análogamente a la disposición de los objetos en un recinto. En la relación metafórica poseen los conceptos mediante su conexión un específico valor, que no se dan cuando se hallan fuera de la situación metafórica:

"La dificultad de la interpretación que estamos examinando se evita si la *metáfora* se interpreta no estática y mecánicamente, como una *res*, sino dinámica y energéticamente, como un 'impulso vital' y una 'duración' y una ten-

sión activa, todo lo cual da viveza a los términos en ella integrados y los pone en condición de dar, simultáneamente, existencia a la misma *metáfora*" (19).

"Contra la interpretación genealógica de la *metáfora*, observamos que no existe ningún residuo espacial o temporal—algún intervalo o distancia o retardo o posposición— tras la *metáfora* y los términos en ella integrados: ni estos ni aquellos preexisten. . .

La *metáfora* es una perspectiva, en la que los términos afloran a la disponibilidad metafórica. Fuera de tal perspectiva, de ninguna manera pueden existir" (20).

La distinción entre cada concepto y la estructura metafórica que los conecta nos hace posible también distinguir entre la existencia léxica del inconsciente, preformado por la cultura, y los dinamismos que los pone en relación unos con otros. Cada uno de los datos acuñados por la cultura hacen posible que la sintaxis oculta—inconsciente— se rastree: "No es el léxico sino la sintaxis lo que puede ser inconsciente. *

Pero la inconsciencia de lo uno y de lo otro caracteriza a veces al individuo humano: su encuentro con el mundo supone la inscripción en él de imágenes primordiales que son luego descubiertas, transformadas, sin perder, por lo tanto, su eficacia, que en un principio había sido casi biológica; su vida psíquica diaria revela la existencia de operaciones que estructuran sobre una forma original los elementos que le son inmediatamente dados. . . La distinción entre la inconsciencia del léxico e inconsciencia de la lógica que lo rige nos parece decisiva: ella excluye toda confusión entre lo individual y lo colectivo, y liga al psicoanálisis a dos dominios claros; el uno se desprende de la biolo-

gía, y el otro de la semiología universal anunciada por Ferdinand de Saussure. Cuando el sujeto utiliza el léxico proporcionado por la cultura, se trata de un léxico explícito, lo que explica, a la vez, que él puede allí recurrir y que el analista se sienta aquí en general cómodo. Pero este léxico fue aprendido y no fue incorporado por vía natural a las consciencias particulares" (21).

Un ejemplo de que el inconsciente se refiere a la estructura y no a la existencia léxica, lo encontramos en el lapsus referente al nombre Signorelli de la *Psychopathologie des Alltagslebens*, a propósito del cual Freud observa, que es muy llamativa la manera de asociación que se produce entre el nombre buscado y el tema reprimido (22).

La interpretación exclusiva no deja surgir contenidos verdaderamente nuevos: Freud ya había pensado muy a menudo en la muerte y los trastornos sexuales, la palabra "Herr" por supuesto le era también familiar. No le eran, pues, a él inconscientes el tema, sino las operaciones, que forman una conjunción sin sentido aparente. El inconsciente establece una relación y una continuidad entre conceptos que parecen totalmente aislados y sin relación unos con otros. "La consciencia no tuvo noticia de todo el proceso, que creó por tal vía los nombres sustitutos de Signorelli" (23).

La concepción dinámica estructural de la *metáfora* conduce al tema de la *polivalencia y ambigüedad* de los conceptos que se relacionan unos con otros en la *metáfora*. Conduce, por una parte, a la polivalencia, porque la oposición de un determinado concepto con relación a un segundo no excluye que el primero se integre con un tercero en una relación metafórica. Así siempre que "a", en la relación A-B, representa la parcial oposición de A con respecto a B, se halla de por medio un determinado concepto metafórico. Es posible, entonces, en la tensión A-C encontrar como factor de relación el elemento de-

* Lo subrayado viene del Autor.

terminante "a", sirviendo C de sustituto de B.

Por otra parte, conduce a la ambigüedad, porque se basa en una posibilidad de saturación conceptual múltiple del *Tertium comparationis* no explícito, el cual nunca está completamente fijo en su significado, sino oscilante.

Algo semejante se puede suponer en el caso de la neurosis, en donde entre el aspecto emocional y la realidad se interpone (visto desde la perspectiva de la neurosis) factores no formulados (análogos a la relación "a", o como *Tertium comparationis*) que impiden una adaptación al medio real, poseen carácter ambiguo, se ponen de manifiesto y se van haciendo unívocos en el curso de la verbalización asociativa cargada emocionalmente: "El mismo símbolo puede tener o asumir en el mismo paciente, según el contexto, según las diversas situaciones, según el aumento o disminución de la resistencia, diferentes significados" (24).

"Solamente una serie de experiencias convergentes pueden ponernos en condición de comprender los múltiples 'significados', que se le pueden atribuir a un síntoma en un caso determinado" (25).

En la actualización de la situación neurótica en el psicoanálisis, aparece el síntoma como *metáfora*: "...El dominio propio de la *metáfora* no es otra cosa que el sinónimo del *desplazamiento simbólico* puesto en juego por los síntomas" (26).

Aquí el desplazamiento semántico que tuvo lugar en la *metáfora* vuelve a ocupar el centro de nuestra atención.

Para explicar el desplazamiento de las estructuras de significado, es conveniente considerar su génesis. En primera línea nos referimos a las investigaciones de A. R. LURIA, investigador ruso, quien distingue cuatro etapas, demostradas experimentalmente, en el desarrollo del lenguaje.

1er. Estadio: En este primer estadio, comprendido entre el año y medio y los tres años de vida (1,5 - 3 años), el niño no puede todavía emplear el lenguaje para controlar su comportamiento.

2º Estadio: Entre los tres y los cuatro años (3 - 4 años), el niño sólo puede regular su conducta mediante señales que vienen del exterior y que son incorporadas en su lenguaje. Sólo tiene lugar este estadio, *cuando las mismas instrucciones coinciden fonética y semánticamente*.

3er. Estadio: En este cuarto período, no es necesario la coincidencia entre palabra y significado de la instrucción para poder ser incorporada la norma como regulativo de conducta. El niño puede ya (4 - 5 años) incorporar la instrucción en su comportamiento, no obstante la divergencia entre signo y contenido.

4º Estadio: El niño no expresa, no manifiesta sus intenciones, sino que se conduce según las normas internas (a partir de los 5,5 años).

Estos resultados confirmados también por investigadores australianos en la investigación de la relación entre desarrollo psicolingüístico y control de la conducta, corroboran no sólo la tesis de que el temprano aprendizaje de la lengua influye más favorablemente sobre la conducta del niño —lo que constituyó en un principio el objetivo de tal investigación— sino también sirve de apoyo a nuestro punto de partida, a saber: que a través del lenguaje, por una parte, se le forma al niño una imagen de la realidad, ya interpretada en el mismo lenguaje como lengua al ser propiedad de un determinado grupo idiomático, y como habla, en calidad de reflejo de un determinado grupo social, y por otra parte, se hace consciente de su propia realidad y de la realidad en que vive, pues una y otra son fijadas en el lenguaje mismo:

“... la lengua modifica substancialmente la percepción del niño y permite la asociación de un sistema de asociaciones diferenciadas” (27).

La adquisición de ese sistema de señales está también empotrado en un clima emocional: “El hecho de que las actividades mentales de un niño estén condicionadas desde el puro comienzo por el *parentesco social con los adultos* es de importancia básica” (28).

Qué importantes son las relaciones, libres de perturbación, con el medio y en qué medida pueden conducir, de no ser así, a una indirecta (neurótica) o directa alternación de la capacidad de comunicación, lo ilustra ampliamente F. KAINZ, quien, a propósito del caso extremo del sordomudo, constata que tales casos patológicos muestran claramente que la existencia del lenguaje es de gran importancia no solo para la vida intelectual, sino también para la afectivo-emocional” (29).

La relación del niño con la madre, por ejemplo, está determinada por un cierto “ritual”, cuya formulación, en favor de la comunicación, debe ser claramente planteada en actitud y palabra (A. R. LURIA), inequívocamente, sin lugar a ambigüedades. En el caso contrario se da un entorpecimiento de la relación por influencia emocional. Solamente la relación conduce a un “lenguaje”; cuando esta se perturba, se perjudica la capacidad de comunicación. Una perturbación en el proceso de desarrollo del sistema de signos repercute también en el proceso de conscienciación. H. HÄFNER comenta a propósito de un caso de problema de conducta: “...Precisamente la sistemática negativa (del padre) a responder al niño preguntas referentes al mundo circundante, a responder a sus deseos, no dejó a la experiencia echar raíces en una relación cariñosa de comunicación...” (30).

La pregunta, cómo es que un niño puede llegar antes de poseer el lengua-

je, como medio de contacto social, a desplazamiento semántico y a una especie de comportamiento ‘metafórico’, y cómo esos desplazamientos influyen en los sistemas semánticos, se puede aclarar a partir del hecho de que la necesidad de contacto social en los niños se logra y se satisface ‘semánticamente’.

“El mecer de la cuna, de la canastilla, de la camita, etc., pueden ser muy bien derivados del mecer en los brazos. Esto quiere decir que la situación original de satisfacción también puede estar implicada en el mecer de la cuna, etc., en vista de que se dan los elementos desencadenados de la satisfacción requerida. La cuna que mece, el coche que se mueve es, en efecto, el simulacro que se pone en juego en cambio de la persona que arrulla, mece o se mueve” (31).

En esta forma encontramos aquí el elemento metafórico. Posteriormente se da lingüísticamente a los contenidos emocionales un significado, como factor de reconocimiento. En esta forma tiene lugar un proceso consciente, que supone en primera línea un desarrollo en el mecanismo de la comunicación. Este desarrollo debe ser continuado, progresivo e inequívoco. Para Freud la neurosis consiste en una parálisis en el desarrollo, en un detenerse en una etapa infantil, debido a la represión con otras palabras, debido a la desviación y fijación posterior de determinadas formas de manifestación del psiquismo infantil, cuyo despliegue sufrió perjuicio.

El significado emocional atribuido (*emotionale Bedeutungsbesetzung*) puede coincidir con el sentido de los significados sociales convencionales o diferir de ellos, como sucede en el juego o en las fantasías donde se presenta un proceso metafórico, que pertenece completamente a la esfera de la vida normal:

“En la verificación de la realidad siempre tiene el Yo infantil la libertad durante años de negar sin más lo que

le desagrada. Se sirve ampliamente de esta posibilidad, sin limitarse al campo de la imaginación y la fantasía. No sólo piensa sino actúa y se vale de las cosas más diversas del mundo externo para manifestar también sus regresiones. La negación de la realidad es uno de los muchos motivos que se encuentran en el juego infantil en general y, en especial, en el juego de roles" (32).

En la primera infancia aún hoy no influye en forma nociva la contradicción entre la facultad del Yo de negar la realidad, y aquella del conocimiento y examen crítico de la realidad. "Pertenece a la psicología normal el trabajo del Yo infantil para evitar el desplacer de las impresiones del mundo exterior. Las consecuencias, sin ser patógenas, son posiblemente de gran trascendencia para la formación del Yo y del carácter" (33).

El juego de roles en el niño corresponde, por ejemplo, a una de las formas de conducta, más naturales y extendidas, del Yo primitivo, investigadas hace mucho tiempo en enfermos mentales y ceremonias religiosas primitivas. La transformación de la propia personalidad en el objeto temido sirve también en numerosos juegos infantiles a la transformación de la angustia en seguridad matizada de goce:

"El niño introyecta *algo* de la persona que es objeto de temor y elabora en esta forma la anterior experiencia de angustia. La identificación o introyección se liga con un segundo método importante, con la *posesión de la agresión*, con la representación del agresor; el niño se transforma de amenazado en amenazante" (34).

Al comienzo del proceso metafórico, en el que los atributos como Tertium comparationis, sirven de desplazamiento, se encuentra una frustración cuyo conflicto se orienta hacia el exterior. En el caso del "pequeño Hans" (35), por ejemplo, el desplazamiento de su temor al caballo, y la agresión al pa-

dre, no es en sí mismo un fenómeno neurótico. Tales substituciones del objeto humano por un animal se presentan muy a menudo en el normal desarrollo de los niños.

"La flexibilidad del mundo externo ante tales medidas de protección deciden ocasionalmente, si el desarrollo de la angustia cesó en este punto y está ligado a síntomas "primitivos", o si fracasó el mecanismo de defensa y el proceso de la angustia avanza directamente hacia el conflicto interno, hacia el empleo de defensas que van contra el instinto de vida, y así, hacia un verdadero proceso neurótico" (36).

El proceso neurótico en el caso Hans comienza, cuando se internaliza totalmente el conflicto y abandona fóbicamente la situación de ensayo. En otro caso un niño bagateliza todo lo que lo atemoriza, ridiculizando el factor de miedo. Hasta este punto se podría calificar de hecho normal. Pero la broma, que era un juego en un principio, se hace obsesión, cada vez que se tiene que pagar con angustia el intento serio de acercarse al mundo (37). Es posible por consiguiente establecer un límite entre fenómenos de juego y fenómenos obsesivos. Es difícil determinar, cuándo el Yo pierde la posibilidad de sobreponerse con la ayuda de la fantasía a una mayor dosis de desplacer. En la vida adulta puede desempeñar un papel el diario "soñar despierto", no sólo como ampliación, sino también como modificación de la realidad. Y en la vida madura se ponen en juego, además de los principios que originan los mecanismos de defensa (38), motivos que tienen origen en la necesidad del Yo de síntesis.

En estos casos se intenta escapar al presente, mientras se substituyen las formas de conducta ya desarrolladas y adaptadas, por las formas simples y desadaptadas del comportamiento infantil y las formas vivas de la realidad ceden ante los imaginarios temas de las primeras fantasías:

“La estabilidad y la coherencia del Yo depende estrechamente de la consistencia de las relaciones con un objeto significativo. La pérdida de esta relación, o de su objetivo, lo que es lo mismo, puesto que el objeto aquí sólo existe en función de sus relaciones con el sujeto, acarrea graves desórdenes en la actividad del Yo, tales como despersonalización, trastornos psicóticos. El sujeto se esfuerza por mantener a todo precio sus relaciones objetales, utilizando toda suerte de recursos, cambio de objeto mediante desplazamiento o simbolización, que, por la elección de un *objeto simbólico, cargado arbitrariamente de los mismos factores afectivos que el objeto inicial*,* le permitirá no encontrarse privado de la relación objetal. Para él término de ‘Yo auxiliar’ es totalmente justificado” (39).

Mecanismos de defensa y neurosis poseen la misma estructura fundamental metafórica: las mismas técnicas de defensa, que se manifiestan en forma dinámica en el rechazo del instinto y en la transformación del afecto, aparecen fijadas en la formación sintomática de la neurosis. La neurosis es fundamentalmente un método solidificado y fijado de defensa.

Aquí la construcción metafórica es el único esquema a nivel simbólico, que permite la realización de deseos reprimidos: “Y entre estos signos se establece una relación dinámica de intencionalidad, que conduce a una motivación constante (la realización de un deseo reprimido) y se sirve de los rodeos más particulares” (40).

Y en cuanto al sustituto de la realidad concebido por pacientes como la plena realidad:

“La locura se encuentra más allá de la imagen y por lo tanto profundamente incrustada en ella; puesto que consiste solamente en dejarla valer espontáneamente como verdad total y absoluta, el

acto del demente no sobrepasa jamás la imagen que se presenta; él se deja confiscar por su inmediata vivacidad y no la sostiene en su afirmación, sino en la medida en que está envuelto por ella” (41).

El desplazamiento semántico es completamente subjetivo e inconsciente. En esto podemos constatar una vez más una interesante correspondencia con las características de la *metáfora* lingüística:

“La *metáfora* no posee en modo alguno la claridad de la evidencia lógica. La inestabilidad turbulenta y la continua fermentación de los términos integrados y, así, la presencia en éstos del nimbo extrametafórico que acompaña la vida de estos términos, como una sombra oscura, insidiosa, pueden ser fuentes de equivocidad y confusión, si se quiere hacer uso lógico de ellos. El hecho depende de la labilidad y volubilidad de los términos...” (40).

La relación entre la ‘realidad’ del paciente y su significado latente es aproximadamente la misma que entre el contenido latente y manifiesto del sueño. Una explicación aclaratoria de ese contenido latente mediante otra persona no serviría de nada al paciente ante todo por el hecho de que no es consciente de la existencia de un desplazamiento semántico. Queremos de paso mencionar, que L. SEBAG al lado del inconsciente estructural y lexical (referente a la existencia léxica del desplazamiento), también hace valer el funcional, congruente con nuestro concepto de motivación (43).

Informaciones concordes de terapautas atestiguan que intentos de explicación discursiva del mecanismo de represión están llamados a fracasar:

“Una observación de Valensteins (1964), según la cual la meta del psicoanálisis consiste en instaurar una relación positiva, para producir por medio de la interpretación verbal un proceso de consciencia y comprensión, puede marcar ciertamente la meta adecuada

* Lo subrayado viene del Autor.

da que debe seguir el analista. Pero la meta del paciente no coincide con la del analista. Además en tal caso se encuentra considerablemente el paciente en un nivel preverbal" (41).

"Cuando explico a Renée lo simbólico de su pensamiento y sus síntomas y procuro traducirlo en conceptos comprensibles, no los entiende. Mis explicaciones aclaratorias suenan a su oído como 'chino', y, en cambio de convencerlo y tranquilizarlo, provocan confusión y acarrear solamente desesperación.

De aquí concluyo que nosotros no hablamos el mismo lenguaje" (45).

"La distancia, que existió entre la paciente y yo durante el diálogo, se fundó en el hecho de que mis percepciones se transformaron en parte preconscious, en parte conscientemente, en experiencias llenas de significado, mientras que las de la paciente tuvieron en su consciencia todavía el carácter de percepciones sin significado. Hubiera yo intentado explicarle algo de mis percepciones conscientes, hubiera destruido el proceso espontáneo del diálogo. Siempre nos asombró el hecho de que el transcurso de un diálogo tal haya tenido la forma externa de una conversación aparentemente sin importancia" (46).

Se ve, por consiguiente, que en psicoanálisis el terapeuta evita el habla discursiva, como medio de eliminación de la interferencia de significados originada en el desplazamiento semántico, pues carece de toda utilidad, en vista de que la *metáfora* no fue construida conscientemente.

"El mecanismo disparador de la *metáfora* se encuentra allí mismo en donde se determina el síntoma en sentido analítico. Entre el significado enigmático del trauma sexual y el término en el que se substituye en una cadena significativa actual, salta la chispa, que fija en un síntoma *metáfora* donde el organismo o la función son tomadas como

elementos significantes, la significación inaccesible al sujeto consciente en donde él mismo puede resolverse" (47).

La situación analítica es una relación hermenéutica que sirve a la transformación de la conducta metafórica en un sistema unívoco y explícito, en el que las relaciones objetales son convertidas, de las indirectas del neurótico, en relaciones directas. Esto se consigue en la medida en que se busque substituir el comportamiento por el lenguaje en la situación analítica.

Se trata de un proceso progresivo cualitativo de redistribución (*Umbesetzung*) semántica, y no de un mecanismo de transposición en relaciones lógicas, el cual resultaría imposible desde el punto de vista de la *metáfora*:

"Errores de este tipo son posibles, no sólo por estar implicada la asociación lógica en la figurativa, sino porque en esta combinación e intercambio de planos, el mismo juego de acción metafórica, que consiste en el vínculo integrativo e indiferenciado de los términos, se altera. En esta disolución de los vínculos, los términos se enajenan con respecto al contexto metafórico y se mecanizan, surgiendo la posibilidad, por ende, de que los términos, ya 'fuera de juego', no se viertan mutuamente. . . En tal caso la *metáfora* se extremetaforiza (y no se desmetaforiza) y se convierte en una figura lógica, en una pseudoanalogía por la mecanización y enajenamiento de los términos" (48).

La única posibilidad de disolución de una *metáfora* sería, pues, no una directa transformación en una pseudoanalogía, sino una directa descomposición de los términos constitutivos implicando el *Tertium comparationis*. Con este proceso de disolución se restaura el concepto original unívoco, anterior al desplazamiento semántico.

Una razón más para seguir otro camino diferente al de la transformación discursiva en la disolución de la construcción metafórica, se basa en el he-

cho de que la *metáfora* ejerce resistencia contra otro tipo de organización semántica: "Las metáforas se muestran impermeables en la conservación de su

propia organización y, en cuanto imágenes, no se coordinan en un sistema de implicaciones. La última *metáfora* ni contiene, ni supera la precedente" (49).

BIBLIOGRAFIA

LACAN, J. *Écrits*. Paris, 1966, p. 254.
— p. 249.

EISLER. *Wörterbuch der Philosophische Begriffe*. Berlin, 1912.

WERNER, H. *Die Ursprünge der Metapher*, 1919.

STAHLIN. *Zur Psychologie und Statistik der Metapher*. *A. f. g. Psych.*, XXXI, 297 ss.

STERZINGER, O., TUMBIARZ, O. *Abhandlungen aus d. Gebiete d. Psychologie*, 1925-26.

STÖHR, A. *Psychologie*, 1922, p. 12.

BENVENISTE, E. Remarques sur la fonction du Langage dans la Découverte freudienne. En: *La Psychanalyse*. I Paris, 1956. S. 13.

FREUD, A. *Das Ich und die Abwehrmechanismen*. München, Kindler Taschenbücher 2001. S. 55.

BOUVET, M. La Clinique Psychanalytique. La Relation d'Objet. In: *La Psychanalyse d' Aujourd' hui*. Paris: P.U.F., 1956. I, p. 54.

FERENCZI, S. *Bausteine zur Psychoanalyse*. Bern, 1964. III, p. 223.

BENVENISTI, E. op. cit. p. 6.

LEVI-STRAUSS. C. Die Struktur der Mythen. En: *Strukturelle Anthropologie*. Frankfurt a. M., 1967, p. 229-230.

LAURENTANO, B. *Ambiguità e Metafora*. Napoli, 1964, p. 54.

KAINZ, F. *Die "Sprache" der Tiere*. Stuttgart, 1961, p. 130.

LAURENTANO, B. op. cit. p. 14.

— p. 23-24.

FOUCAULT, M. *Psychologie und Geisteskrankheit*. Frankfurt, 1968. p. 81.

LAURENTANO, B. op. cit. p. 14.

— p. 15.

SEBAG, L. Analyse des rêves d'une Indienne Guayaky. *Les Temps Modernes*. Paris, 1964, XIV, 6, 2233-2234.

FREUD, S. *Zur Psychopathologie des Altagslebens*. G. W. IV, p. 9.

— p. 10.

FERENCZI, S. op. cit. p. 226.

— p. 228.

LACAN, J. Parole vide et Parole pleine. En: *Écrits*, p. 260.

LURIA, A. R. *The Role of the Speech in the Regulation of Normal and Abnormal Behaviour*. London, 1961, p. 11.

— p. 11.

KAINZ, F. *Psychologie der Sprache*, II, p. 400.

HÄFNER, H. *Psychopathien*. Berlin, 1964, p. 140.

KÜNZLER, E. Zwei Hypothesen über die Natur der frühkindlichen Sozialbeziehungen. *Psyche*, Stuttgart, XXXIII, 1, 38.

FREUD, A. op. cit. p. 65.

— p. 56.

— p. 88.

FREUD, S. *Phobie eines fünfjährigen Knaben*. G. W. VIII, p. 343-377.

FREUD, A. op. cit. p. 73.

— p. 69.

— p. 48.

BOUVET, M. op. cit. p. 51.

BENVENISTE, E. op. cit. p. 15.

FOUCAULT, M. *Histoire de la Folie à l'Age classique*, Paris, 1961, p. 282-283.

LAURENTANO, B. op. cit. p. 25.

SEBAG, L. op. cit. p. 2233.

BROCHER, T. Über averbale Kommunikation. *Psyche*, Stuttgart, 1967, XXI, 9, 651.

SECHEHAYA, M. A. *Die symbolische Wunscherfüllung*. Berna, 1955, p. 13.

ARELANDER, H. Der Psychoanalytische Dialog. *Psyche*, Stuttgart, 1968. XXII, 5, 330.

LACAN, J. L'instence de la lettre dans l'inconscient. *Op. cit.*, p. 518.

LAURENTANO, B. Op. cit., p. 51-52.

— p. 53.